

# La oración de Jesús y nuestra oración

---

*P. Miguel Elizondo, sj\**

Es desde la experiencia que Jesús tiene en el bautismo, que arranca la misión. Hasta este momento no ha habido misión en los 30 años de Jesús. La misión arranca siempre por la iniciativa gratuita de Dios. Es cosa de Dios. Por esta experiencia se cualifica el tipo de misión por la que Dios envía a Jesús a este mundo: en definitiva a revelar, a manifestar y a comunicar ese Dios que única y exclusivamente le envía a salvar, a perdonar, a rehabilitar a la humanidad. Pero esto plantea una realidad incuestionable, y es que la misión no se puede llevar sin relación con ese Dios. Y por consiguiente surge el tema de la oración: es decir, esto no se puede llevar a cabo sin oración. Pero resulta que la oración se ha convertido en problema, sobre todo, para los que estamos enviados a este mundo a desarrollar la misión en la entraña misma no simplemente de la realidad, sino del realismo de la realidad o de los realismos de la realidad, tan complejos y conflictivos y tan ajenos a Dios y a todo eso que estamos viviendo. Y sabemos que ha sido mucho tiempo el que nos hemos preguntado cómo encajar este aspecto de la oración, metidos, urgidos en una actividad, en unos compromisos siempre lacerantes, siempre constantes, siempre urgentes, y hoy más que nunca. Así han venido muchos problemas; y de ahí, también, los planteamientos que se han hecho sobre la oración, tantísimos tratados sobre la oración, sobre los métodos, los sistemas de oración...

Yo creo que viendo la simplicidad de Jesús, ha sido complicadísimo, por lo menos lo que yo he vivido, lo que he oído, visto, el problema de la oración: cuántas veces uno ha oído sobre la oración:

---

\* Sacerdote jesuita. Dirige Ejercicios Espirituales y acompaña al Instructor de Tercera Probación en Guadalajara, México. Este artículo fue originalmente una charla que aunque hemos editado mantiene su estilo oral.

«Con tantas actividades sí hay tiempos de oración, pero, a veces, está uno cansado, o tiene que ser muy a la mañana, por las ocupaciones...».

El año pasado, dando ejercicios a unos seglares en Panamá, una madre de familia joven me entregó esta carta que recibió de su hija desde Estados Unidos por vía electrónica. Sin duda, hablé de oración y me entregó lo que acababa de recibir: es una carta de Jesús a uno cualquiera:

Cuando te levantabas esta mañana, te observaba y esperaba que me hablaras, aunque fuera unas cuantas palabras, preguntando mi opinión, agradeciéndome por algo bueno que te haya sucedido ayer... Pero noté que estabas muy ocupado buscando la ropa adecuada para ponerte e ir al trabajo. Seguí esperándote, de nuevo, mientras corrías por la casa arreglándote. Supuse que habría unos cuantos minutos para que te detuvieras y me dijeras «hola», pero estabas demasiado ocupado. Te observé mientras ibas rumbo al trabajo, y esperé pacientemente todo el día. Con todas tus actividades, supongo que estabas demasiado ocupado para decirme algo.

Pero está bien. Aún queda mucho tiempo.

Después encendiste el televisor. Esperé pacientemente. Mientras veías el televisor, cenabas, pero nuevamente te olvidaste de hablar conmigo. A la hora de dormir, creo que ya estabas muy cansado. Después de decirle "buenas noches" a tu familia, caíste en tu cama y casi de inmediato te dormiste.

No hay problema, porque quizás no te das cuenta de que siempre estoy ahí para ti. Tengo más paciencia de la que te imaginas. También quisiera enseñarte cómo tener paciencia para con los demás. Te amo tanto que espero todos los días por una oración, un pensamiento o un poco de gratitud de tu corazón.

Bueno. Te estás levantando de nuevo. Y otra vez esperaré sin nada más que mi amor por ti, esperando que el día de hoy me dediques un poco de tiempo.

Que tengas un buen día.

*Tu amigo Jesús*

Pues algo de esto uno ha ido oyendo en la vida comprometida, ocupadísima, y ocupadísima por Jesucristo. Vamos a ver, entonces, si podemos decir algo.

Desde luego, que Jesús oraba es hecho evidente: basta con abrir y recorrer el evangelio de arriba abajo para comprobar la oración de Jesús. Sí llama la atención el que Jesús hable muy poco, y, desde luego, mucho menos de lo que nosotros hablamos de la oración o sobre la oración. Habla muy poco de la oración como doctrina: habla del Padre, de ir al Padre y cuando le preguntan sobre la oración habla sobre ello. Las preguntas surgen de los discípulos, no de Jesús, para que Jesús les pueda responder cómo se ora en nuestra fe cristiana. Cito algunos textos para ver cómo está el evangelio atravesado por la oración de Jesús: Mc 1,35: el comienzo de la jornada de Jesús; Lc 5,16: durante el día se retiraba a veces a orar; Mc 6,46 y Jn 6,15: cuentan cómo a veces también oraba de noche. Esto como algo ordinario. El evangelio nos presenta a Jesús orando en momentos relevantes de su vida: ya vimos el bautismo, se bautizó mientras oraba (Lc 3,21); antes de la elección de los doce: según Lc 6,12-13, Jesús pasa la noche en oración; Lc 9,18, antes de hacer la pregunta «¿quién dice la gente que soy yo? ¿Y vosotros, quién decís que soy?», presenta a Jesús en oración; Lc 9,28-29: la transfiguración: Jesús estaba en oración cuando ésta sucede; Lc 11,1: inmediatamente antes de la pregunta que le hacen los discípulos, «¿cuál es nuestra oración? Enséñanos a orar», Jesús estaba en oración. Jesús ora en momentos cruciales de la vida: Getsemaní, Lc 22,41-44; en la cruz ora al Padre pidiendo perdón por los que le han llevado allí, Lc 23,34; y muere orando: Lc 23,46, «Padre, en tus manos dejo ya todo». Pero ahora la gran pregunta es: ¿dónde oraba Jesús?

Por lo que aparece en el evangelio, no se habla nunca de que Jesús fuese a orar al templo. Al templo iba a encontrarse con la gente, a hablarles, aprovechando la afluencia de la gente... Pero él no aparece nunca yendo a orar al templo. Pero aparece orando en cualquier lugar: en el monte, en despoblado, según los textos que hemos visto, con ocasión de experiencias que va teniendo, en cualquier lugar (cuando ve que los pequeños le acogen, cuando va a resucitar a Lázaro, en el huerto, en la cruz), en las experiencias que va teniendo en la vida

Eso aparece bien claro; y esto nos hace ver que Jesús ha sacado a Dios de lugares determinados, de tiempos determinados, de prácticas

determinadas... Lo ha sacado donde está Dios: en esa vida de amor, Dios como amor, que hay que encarnar en la vida. Ahí surge la oración.

La pregunta todavía más importante es: ¿cómo oraba Jesús? ¿Desde dónde oraba Jesús? Y la oración de Jesús surge, siempre, siempre, de esa vinculación radical, sobre todo desde la experiencia del bautismo en el Jordán, con el Padre. El Padre es el todo en la misión de Jesús. Y por eso dirá: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre y llevar a cabo su obra. Yo no busco mi voluntad, sino la del Padre que me ha enviado. Yo no puedo hacer nada de por mí». Cuando viola el sábado y le atacan, la respuesta es, en Jn 5, «mi Padre hasta el presente sigue trabajando [aun en sábado, es decir, está salvando, amando]. Y yo también trabajo». Es decir: el punto de partida de la oración de Jesús es el Padre; él es el Hijo, tiene un encargo del Padre que es vivir en el mundo, que es revelarle a Él. Desde ahí brota su oración, desde el Padre.

Y por eso aquí está siempre el que esa misión, que es toda su vida, entregada, en definitiva, a transmitir, a compartir esa misión, esa experiencia, nos haga sentir que no somos dueños de la misión, no somos dueños del vivir desde el Padre, como el Padre es, como el Padre quiere, sino es en relación con, o partiendo de Él.

Y por eso, cuando hablamos de las dificultades grandes que nos presentan las culturas que vivimos en relación con lo religioso, la mirada al mundo tal como nos la presenta San Ignacio en la encarnación, llena de toda clase de personas, situaciones (llorando, riendo naciendo, muriendo, explotando, etc.), todo esto donde está metido Jesús, adonde ha ido enviado Jesús; realmente, si no nos dejamos iluminar por esta experiencia, por esta visión de fe y por esta esperanza arraigada en el Dios que quiere salvar el mundo que sea y las situaciones que sean en un mismo amor a Jesucristo, fácilmente nuestra mirada será preocupante, temerosa, o sin esperanza de que esto tenga arreglo.

La diferencia de actitud entre una consideración panorámica de nuestro mundo para soluciones sociopolíticas, culturales, económicas... y una visión de este mundo, de esa misma realidad, en vistas de un discernimiento desde Dios, desde la experiencia y esperanza de la presencia de Dios que quiere salvar, nos lleva a opciones y decisiones muy cualificadas, muy distintas de la simple panorámica humana de la situación y de la reacción.

Por consiguiente, pues, Jesús desde aquí está encarando una situación muchísimo más complicada que la nuestra, por lo que suponía de revolución de la imagen de Dios y de lo que es relación con Dios, con todo lo que encontró, siendo como suele ser tan arraigada la cuestión religiosa, que toca fondos subjetivos, afectivos, culturales etc., muy hondos, y que realmente supusieron una oposición tremenda a Jesús.

Pero para mí, lo importante es qué oraba Jesús. Creo que ilumina no poco qué es la oración desde esta relación filial con Dios. Desde luego, en todas las oraciones explícitas de Jesús que nos trae el evangelio, en todas ellas siempre está la palabra *Padre*. Ya pueden ser oraciones de alegría, oraciones de sufrimiento, oraciones de agradecimiento, siempre, siempre es Padre. Y ¿qué ora Jesús? Hay que decir, desde los textos que tenemos, que ora Jesús lo que vive, *lo que vive*. Eso es lo que trata con su Padre, desde donde se relaciona con su Padre. No son temas religiosos, sino la vida que está viviendo desde su Padre para los hombres, y lo que esa vida lleva. Por las indicaciones que tenemos, esto se ve claro: por ejemplo Mt 11,25, la experiencia de que es rechazado por la religión oficial, por los sabios, por los poderosos y es aceptado por los sencillos. Cuando Jesús ve esa experiencia, ¿qué hace? «Te bendigo Padre, Señor de cielo y tierra». Explota en oración desde lo que le da la experiencia. Cuando va a resucitar a Lázaro (Jn 11,42), ¿qué hace Jesús? «Gracias, Padre, por haberme escuchado», y poder responder a esta situación tan trágica para aquella familia. Cuando está en una situación crítica (Jn 12,28), una situación realmente difícil para él: «Padre, glorifica tu nombre, ayúdame». Cuando sufre la mayor crisis de su vida, Mc 14,36, «Padre, todo te es posible... Si es posible...Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres». En la cruz ya hemos visto qué está viviendo Jesús.

En el capítulo 17 de San Juan (lo que se llama *oración sacerdotal*) hace ver que lo que vive, y, sobre todo, lo que le preocupa son «aquellos que tú me has encomendado... Tú me los has dado...». ¿Qué le pide? «Consérvalos», que van a ir al mundo y no deben ser del mundo. «Padre, les he manifestado tu nombre a ellos»... ¿Qué le preocupa a Jesús? «Padre, que sean uno como Tú y yo». En fin, todo lo que vive es su oración.

Cuando se vive así la vida toda, en relación con lo que Dios quiere que se viva, no hay preocupación: ni de tiempos, ni de métodos, sistemas, ni de lugares, situación... *Es vivir*. Si vivo yo con fe (aquí está la clave) ahí es donde, realmente, surgirá la oración. Y por eso, trabaje donde trabaje uno, si lo vive como misión (que son grupos tales, que son comunidades determinadas, si son sindicatos, que son enseñanza, educación, pastoral social...), si eso lo vivo yo como querido por Dios y quiero realizar ahí lo que Dios es, mediante lo que sé y por el discernimiento que tengo que ir haciendo en la vida, ahí es donde está la materia de oración. Y aquí no hay dormir que valga, si esto se vive. Y luego las preocupaciones, incertidumbres que tenemos, las contradicciones que se encuentran, la no respuesta que se encuentra, ¿qué sé yo?, todo eso tendría que ser el contenido de la oración cristiana. Eso fue Jesús. Pero, claro, hace falta esa vinculación inseparable de Dios, el Dios de la vida, el Dios-vida para los hombres.

Y de ahí brota el manantial de la oración. No podemos extrañarnos de que San Ignacio, viviendo esto y tratando de vivir esto, nos envíe al mundo así, tan a la intemperie de todo impedimento externo, de ayudas, etc., porque cree que debemos llevar esta experiencia profunda y que la ley de la oración es el *discernir*, no es ley de tiempos, de lugares. La Iglesia exige que haya tiempos determinados; está bien, pero siempre estamos en que no pongamos ahí todo nuestro empeño, porque eso nos ha llevado a la preocupación de si he faltado a la hora, al tiempo... Pero ¿has orado o no has orado en el tiempo que has orado?

Y todo está en la gran novedad que esto supone, en que Jesús dirá «que se acaben los templos», que no va a haber templos para encontrarse con Dios; que el templo va a ser él (Jn 2); y que, desde luego, el que se identifica con él, como vida, con todo esto que estamos viviendo, ahí va a encontrar a Dios.

Tropezamos con el desarrollo de todo esto en el texto en el que Jesús se encuentra con una mujer, y no ciertamente con una mujer contemplativa: una samaritana en una situación irregular en su matrimonio. A esta mujer le va a decir, le va a hacer la gran revelación de que no hay que ir a templo alguno para orar, sino que Dios es espíritu y verdad; es decir, amor y lealtad, esa es la traducción. Dios es amor leal, amor fiel hasta el extremo, y el que viva este espíritu es donde,

lealmente, encontrará a ese Dios que es eso: amor y lealtad. Aquí hay un cambio grandísimo: cuando se concentraba la oración en el templo, había que ir al templo para encontrarse con Dios. Y si se localiza a Dios así, así es. Hay que dejar la vida para ir al templo a orar, a encontrar a Dios. Pero Jesucristo dice que Dios ha venido a mí, que Dios ha venido y está en nosotros, que está viniendo a nosotros. Y por eso, en el captar o no esto, estará el cambio radical que supone la experiencia de Jesús.

Y es que Dios adquiere un nombre nuevo, que es el del Padre. Y entonces, la relación que establece ese Dios Padre no es local; la relación es hijo-padre, es familiar, y es personal. Por eso los samaritanos no tendrán que sufrir la humillación de tener que ir a rezar al templo de Jerusalén.

Y Jesús, con una explicación fuerte, le dice a la samaritana, que el Padre busca adoradores así, indicando su deseo, su interés por encontrar esa clave de culto: personas que den este culto que el Padre ansía, porque ansía este culto, porque ansía comunicarse con nosotros. Es decir, lo que ya dijo el profeta Oseas 6,6: «corazón quiero, y no sacrificios». Aquí está, en definitiva, lo que nos viene a decir Jesús.

La oración ¿de qué depende?, de la imagen, de la experiencia que tenga yo de Dios. Si Dios está en el templo, si Dios está en lo sagrado, si Dios está... naturalmente la oración estará en relación con esa imagen. Y eso se ha comunicado, inculcado en la educación cristiana. Orígenes tienen unas palabras muy significativas en este sentido, que hacen ver la novedad de este Dios cristiano:

«Una vez al año, el sumo sacerdote, dejando fuera al pueblo, entraba en el lugar donde se hallaban el propiciatorio, los querubines, el arca de la alianza, el altar de las aromas, lugar donde sólo al sumo sacerdote le estaba permitido entrar. Pero fijémonos en nuestro verdadero sumo sacerdote, nuestro Señor Jesucristo: él, habiendo tomado nuestra carne humana, estaba con el pueblo todo el año, aquel año del cual dice él mismo “me envió a evangelizar a los pobres y a proclamar el año de gracia del Señor”».

Ésta es la realidad que Jesús hace sentir. Por eso, ésta es la única manera que puede resolver la estructura que, normalmente, sentimos entre la oración y la vida, y la acción. La oración nos lleva a lo interior,

nos lleva hacia otro lugar de la vida; esto es lo que hemos entendido por oración. Y la acción nos lleva al exterior, afuera; la corriente de la oración, que dirijo al Padre, y la de la acción, que dirijo hacia los demás.

Nuestro Padre General nos ha dicho entre otras cosas: «para encontrarse con su Padre, Jesús no debe olvidarse de los suyos, que están en el mundo. Y para ir a los hombres, no abandona nunca a su Padre. Es enviado desde su Padre ante los hombres. Su misión es la que fundamenta esa unión. El hecho de presentarse al Padre no ocurre nunca por una abstracción imposible, separándose artificialmente de todas sus responsabilidades, sus funciones y de todo el mundo. Se coloca ante su Padre solidario con toda la humanidad, los santos y los pecadores, y el Padre ama en él a todos ellos.

La oración apostólica del enviado, puesto con el Hijo, consiste en consentir con todo su ser a este envío, en renovar y profundizar nuestra inserción en Dios y en su Espíritu con todo nuestro corazón, y en la práctica de nuestra misión con todo nuestro corazón. Inseparable, entonces.

La espiritualidad ignaciana (no digo jesuítica, pues rebasa lo característico nuestro; es más bien cristiana) no limita la vida en el Espíritu a ciertos campos muy específicos, como el tiempo de la oración, la vida sacramental o una obra de explícita caridad cristiana. No la confina así. Son la persona entera del que ora y toda su realidad de existencia humana las que se convierten en lugar santo, en el que se revela la acción de Dios para comprometernos en esta obra de salvación de la humanidad. Por tanto, hemos de dejar que pesen con fuerza en la oración de los misterios de la vida activa de Jesús, la presencia de personas que el Señor pone en nuestro camino, las exigencias profesionales y éticas de nuestro trabajo, sea el que sea; las solicitudes afectivas de un corazón constantemente agitado por los acontecimientos presentes y futuros y, finalmente, la solidaridad con una consolación que procede del discernimiento de los signos de los tiempos, que anuncian la llegada del Reino; pero, igualmente, la solidaridad entendida como compasión acerca de la injusticia y el mal que provocan las estructuras de pecado. Así es como el que ora interroga a Dios acerca de los acontecimientos vividos realmente, para recibirlos de sus manos y poder responderle a Él en Jesucristo, según nos indica San Ignacio.

Aquí, ciertamente, es donde hay un cambio que distorsiona a no poca gente; pero, claro hay que tener pedagogía para poder transmitir esta verdad real, que es la de la oración.



La oración, como digo, toca elementos muy íntimos de las personas. Lo más sagrado para los cristianos, para los que creen en Dios, es Dios. Para estas personas, naturalmente, lo trascendental es acertar con ese Dios. Y claro, ya se han creado una estructura interna de relación con Dios, de religión cristiana, que les hemos comunicado o que han recibido, la gente normal, la gente de pueblo. De ahí que se haya creado una concepción cristiana y religiosa de Dios que no concuerda con esta experiencia de Jesús, no concuerda.

Con toda la buena voluntad que se tiene, se ha centrado a Dios en lo sagrado. Y es lo sagrado lo que más llama la atención a la persona sencilla: lo sagrado, lo que es distinto, lo que está sobre todo lo corriente, lo humano. De ahí que sea difícil comunicar esto, que no se ha de comunicar cayendo de repente, sino que tiene que partir desde un anuncio de Jesús, lo que es Jesús, del Dios que nos ha ido comunicando Jesús, la oración, lo que significa ese Padrenuestro que no es ninguna oración religiosa, que está hecha de las realidades humanas y cristianas de la vida. Por eso, ir transformando esta imagen no es, realmente, fácil, porque surgen desorientaciones, resistencias o denuncias de heretizar cuando se habla de esta realidad de Jesús.

Por consiguiente, tengo que llegar a dejarme trabajar por la fuerza salvadora de esa gracia que Jesús me da: no conquistar a Dios, sino dejarme conquistar por Él; no convencer a Dios, sino dejarme convencer; no rogarle, sino dejarme rogar por Él; no amarle, sino dejarme amar por Él. Todo esto llevaría a la renovación y recreación de la auténtica oración.

Hoy se están dando movimientos que se están separando de lo religioso, de la fe, porque ven que lo religioso no les lleva a responder a lo que, realmente, están sintiendo: que algo más tiene que haber con ese Dios. Hay movimientos bien distinguidos en la Iglesia, bien aceptados por la Iglesia, que sin embargo, multiplican la religiosidad como relación con Dios. Viendo todos estos movimientos, toda esta manera de vivir la vida religiosa, el cardenal Danneels, belga, impresionado, preocupado, como están muchas jerarquías de la Iglesia y teólogos, de la situación de lo religioso, de la vuelta a lo religioso, en este sentido, llega a decir él «que el auténtico enemigo de la fe, en el

momento actual, es la religión», lo religioso. ¿Por qué? Por identificar la fe ahí.

No se puede desvincular la fe cristiana de lo religioso; tiene que haber signos. Pero lo que pasa es que, con el desorden, se ha absolutizado lo religioso con la vivencia de la fe: «soy practicante de la fe». ¿Qué significa, por ejemplo, *oír misa*? Y no es eso. Lo religioso tiene que ser mediaciones de la fe, mediación de la fe. Y esto es, ciertamente, lo que Jesús nos ha puesto bien claro.

Desde esta experiencia, nosotros hemos hablado muchas veces de *hacer oración*. Y cuando uno ha entrado un poco en esta Buena Noticia de Jesús, me pregunto ¿qué significa *hacer oración*? ¿Es como *hacer Dios*, o algo así? Y Jesús, ¿qué me dice respecto de la oración? Que la cuestión de la oración no es *hacer*, sino *ser*. Es decir: ser vinculado a Dios, ser relacionado con Dios, y ser en todas las dimensiones de lo que yo soy. En todas mis relaciones con Dios, con los demás.

Y por eso Jesús me viene a decir que la vida espiritual, vida de oración, no es un espacio de actos de piedad que se hayan de practicar, sino que es la esencia misma de la vida, la vida espiritual. *La vida de oración es la esencia misma de la vida*; desde esta experiencia de Jesús.

Y naturalmente que se actúa: tenemos tiempos, hacemos oración desde un ser y vivir la totalidad de la vida. Nuestra oración es, ante todo, una cualidad de la vida, una orientación de la vida toda, desde Dios hacia todas las relaciones de la vida. Y por eso la oración más que acto es actitud de la persona; la actitud que tiene la persona de toda su vida, desde Dios, desde este Dios de Jesús. Es como el amor. El amor no es hacer algo, sino una actitud de captación y de don de uno a otro. El amor se manifiesta en obras más que en palabras, como dice San Ignacio; también en palabras, pero no consiste ni en obras ni en palabras. El amor es una actitud, una relación del uno al otro. En cambio, sí consiste en una comunicación mutua, en un darse mutuo. Eso es lo que en definitiva nos viene a decir Jesús.

Léon Dufour tiene esta síntesis: «en el corazón de toda acción y relación, la intención de fe: la voluntad de Dios. En el corazón de toda

acción y relación, la intención de mi relación con Dios: la voluntad de Dios. En el corazón de toda esta mi intención de fe, el amor. Y en el corazón de todo amor, el Absoluto, el Padre».

Hace tiempo cayó en mis manos este escrito, se titula «Escrito a deshora», y dice:

«Felices los pájaros, que no tienen que ir a Misa» [es un dicho de Juan Ramón Jiménez]. Muchas veces me he preguntado qué es eso de hacer oración: ¿he oído tantas versiones...! Unos me hablaron de un tiempo especial que había que ocupar a golpe de reloj. «No dejes tu hora íntegra de oración». Otros me decían que había que conseguir la contemplación en la acción. Con el tiempo, me acerqué al yoga y al zen. Ése estar sentado en el vacío y el silencio total, sumido en la «nube» del no saber, también es oración. Ayer, paseando cerca de casa, vi un viejo sentado en un banco. Miraba desde sus ojos vidriosos el mundo y parecía estar bien. Era como si estuviese sin estar; como si la plaza no le pesase; como si aceptara a la gente pasar hacia no se sabe dónde y él estuviese conectado a un tiempo sin tiempo. Comprendí de nuevo que Dios no ha podido hacer mal al hombre. Que orar no tiene que ser una empresa complicada. Que orar es ser. Las técnicas, los recursos, los métodos orientales y occidentales sirven, no cabe duda. Pero se me ocurre que la mejor forma de hacer oración tiene que ser algo tan simple y sencillo como respirar.

Se escandalizaba la gente cuando leía en *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, «felices los pájaros, que no tienen que ir a misa». Claro, los pájaros no tienen que ir a misa, porque siempre están en misa, porque en misa o fuera de ella hacen lo mismo. Y los hombres, si no tuviéramos tantas cáscaras, también viviríamos continuamente, celebrando, como Pierre Teilhard de Chardin, nuestra «misa sobre el mundo», aquel día que no tenía ni pan ni vino para celebrar en el gran desierto de China.

Hoy me gustaría decir la misa del quiosco de la esquina, la misa de la espera junto al farol, del anticuario con olor a mueble victoriano y de la plaza con viejecitos y perros alrededor. Me gustaría. Pero me parece que el presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia me va a mirar muy serio y me va a decir: «no, es imposible. ¡Cómo va a celebrar usted una misa sin ornamentos!».

Entonces me refugiaré en el evangelio y recordaré aquel Jesús de andar por casa que tan poco tenía que ver con los sacerdotes de su tiempo; y recordaré

que el sacerdocio es, de la más ortodoxa de las teologías, el universal sacerdocio de cualquier cristiano. Y rezaré con Juan Ramón: «felices lo pájaros, que no tienen que ir a misa».

Y, por último, estas palabras de José María Pemán:

La pastorcita aprendió  
el Padrenuestro de niña.  
Cuando la halló el ermitaño,  
ya rezarlo no sabía;  
que en diciendo «Padre»  
tantas ansias de amor le venían,  
que las palabras que siguen  
olvidadas las tenía.  
Su oración se quedó en «Padre»,  
pasar de allí no sabía.  
La oración así tronchada,  
¡cómo a Dios le agradaría!